

LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA HISTORIA EN HANNA ARENDT

ANABELLA DI PEGO*



Detalle fotografía
Gabriel Rojo

Resumen

En este trabajo nos proponemos analizar las similitudes en las concepciones de la historia de Hannah Arendt y de Arthur Danto. Sobre la base de estas similitudes, y dada la anterioridad temporal de las obras de Arendt relevantes para este tema –mediados y fines de la década del 50–, pretendemos mostrar que esta autora anticipó, en cierta medida, el enfoque general del narrativismo histórico iniciado con la publicación del libro de Danto *Filosofía analítica de la historia* en 1965. Por otra parte, sostenemos que a diferencia de Danto, Arendt no sólo se ocupa de los problemas epistemológicos de la historia sino también de las relaciones entre la historia y la política. Esta peculiaridad del enfoque de Arendt, que denominaremos dimensión política de la historia, desempeña un papel central en el fortalecimiento del espacio público.

Palabras Claves: historia – narración – acción – política – espacio público

The political dimension of History in the work of Hannah Arendt

Abstract

The aim of this paper is to analyze the similarities in terms of historical conceptions between Hannah Arendt and Arthur Danto. On the basis of those similarities, and in view of the fact that the works of Arendt related to this subject were published before those of Danto—middle and late 50s—we will try to show how this authoress anticipated, in a certain way, the general approach of historical narrativism that began with Danto's publication in 1965 of his book *Analytical Philosophy of History*. We also consider that, unlike Danto, Arendt deals not only with the epistemological issues of History but also with the relationship between History and Politics. This particular aspect in Arendt's approach, that we will call the political dimension of History, plays a key role in the strengthening of the public sphere.

Key Words: history, story, action, politics, public sphere

Introducción

Ante todo, debo advertir que cuando empecé mis estudios sobre Hannah Arendt ya había trabajado sobre la filosofía analítica de la historia, y me llamaron fuertemente la atención algunas similitudes en el abordaje de la historia. Sobre todo teniendo en cuenta que los escritos de Arendt, relevantes para este tema, son de mediados de la década del 50 y el libro de Danto, que suele tomarse como iniciador de la filosofía analítica de la historia es de mediados del 60. Así, pues, me fijé como objetivo indagar los alcances de las similitudes entre ambos autores. Asimismo, la obra de Arendt tiene un enfoque político que sitúa el estudio de la historia desde una perspectiva más amplia. A diferencia de Danto, Arendt no se ocupa sólo de los problemas epistemológicos de la historia sino también de las relaciones entre la historia y la política. Arendt incursiona en la historia abordando las implicancias de la misma para la vida política y para el

* Profesora en Filosofía, Universidad Nacional de La Plata. Ex miembro asistente de la Coordinación del Comité de Ética y Tecnología, CECYT. Auxiliar de la cátedra Historia del Pensamiento Filosófico y Científico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata. Becaria de Investigación, Universidad Nacional de La Plata. Email: anadipego@netverk.com.ar

mantenimiento del mundo común entre los hombres. En este trabajo, entonces, se abordan dos cuestiones, por un lado las similitudes en la concepción de la historia de Arendt y de Danto, y por otro, la peculiaridad que hace que el enfoque de Arendt revista gran actualidad, y que denominaré la dimensión política de la historia.

Crítica de la filosofía “substantiva” de la historia

Tal vez la primera similitud que he encontrado entre Arendt y Danto es, al mismo tiempo, una peculiaridad de gran parte de los enfoques de la historia contemporáneos: la crítica de lo que Danto denominó filosofía substantiva de la historia. Danto entiende por filosofía substantiva de la historia aquella filosofía que intenta explicar la totalidad del pasado y la totalidad de los acontecimientos futuros. Para ello el filósofo substantivo de la historia utiliza dos tipos de teorías, una teoría descriptiva, mediante la cual construye una pauta para los acontecimientos pasados y la proyecta para el futuro; y una teoría explicativa que se propone dar cuenta de esa pauta en términos causales. De modo que el filósofo de la historia utiliza los datos del pasado para construir una pauta, con la cual no sólo explica el pasado sino que también predice el futuro. Arendt (1996) caracteriza de manera muy similar a las filosofías de la historia, específicamente analiza la marxista:

En este contexto es importante ver que, tal como se muestra en los espacios de nuestro calendario extendidos hacia el infinito del pasado y del futuro, el proceso de la historia se ha abandonado aquí por el bien de un tipo de proceso totalmente distinto, el de hacer algo que tenga un principio y un fin, cuyas leyes de movimiento, por tanto, se pueden determinar (por ejemplo, como movimiento dialéctico) y cuyo contenido medular se puede descubrir (por ejemplo, como lucha de clases) (Arendt 1996:89)

Las filosofías de la historia colocan un comienzo y un fin a la totalidad de la historia humana, pero este comienzo y este fin son “infinitos” porque se extienden hacia la totalidad del pasado y hacia la totalidad del futuro. Las filosofías de la historia pretenden descubrir un tipo de teoría que comprenda “el conjunto de la historia”, y Danto (1989:30) aclara que “la expresión ‘el conjunto de la historia’ abarca más que la expresión ‘todo el pasado’. Abarca también todo el futuro” (Danto 1989:33). El conjunto de la historia puede, entonces, ser descrito a través de una pauta; en el caso del marxismo la lucha de clases, y esta pauta a su vez puede ser explicada causalmente a través de las leyes del movimiento de la historia, en este caso la dialéctica. Danto, también, concibe al marxismo como un caso paradigmático de filosofía substantiva de la historia.

En primer lugar, Danto señala que la filosofía

substantiva parte de la suposición errónea de que es posible escribir la historia de los acontecimientos futuros antes de que estos hayan ocurrido. Sin embargo, demuestra que “sólo podemos contar relatos *ciertos* sobre el pasado” (Danto 1989:46) porque un relato versa sobre un acontecimiento cuya relevancia sólo se pone de manifiesto cuando conocemos los acontecimientos posteriores con los que entra en relación. Por su parte, Arendt demuestra la implausibilidad de escribir la historia de los acontecimientos futuros a partir de un enfoque ontológico. La historia es, para Arendt, el relato (*story*) de las acciones pasadas de los hombres. La acción pertenece a la dimensión de la vida activa de los hombres, que se opone a la vida contemplativa, junto con la labor y el trabajo. Para comprender la diferencia entre trabajo y acción sólo tenemos que remitirnos a la clásica distinción aristotélica entre *techne* y *praxis*, según la cual la primera consiste en la producción de objetos a partir de un *telos* o modelo dado con anterioridad. Este modelo establece la finalidad del proceso, seleccionando por tanto los medios más adecuados para producir el objeto.

En el trabajo la actividad del hombre está determinada por la estructura medio-fin, en cambio, en la acción el hombre desarrolla su capacidad de ser libre que lo distingue de los animales. La libertad no es la mera ausencia de coerción, sino que es la capacidad de introducir novedad en el mundo, es decir de producir efectos inesperados. La acción es la única actividad que puede introducir novedad en el mundo porque en el actuar aparece la singularidad de cada persona. Esta aparición de nuestra identidad siempre se da entre los hombres, de modo que la pluralidad es la condición básica de toda acción. La acción es la actividad humana de mayor jerarquía, mientras que la labor es la de menor jerarquía porque refiere a los procesos vitales cíclicos que son indispensables para el mantenimiento de la vida (comer, beber, vestirse, dormir, etc.) y en los cuales lo producido se destruye en el consumo constante del organismo.

Si bien la acción es la actividad humana más relevante porque en ella se realiza la libertad de los hombres, al mismo tiempo, es la actividad humana más frágil e inestable. La acción es un producto efímero de la actividad entre los hombres, una vez llevada a cabo, se desvanece con el transcurso del tiempo. El trabajo produce cosas materiales cuya existencia permanece durante tiempos prolongados entre los hombres, como en el caso de las obras de arte. Además el proceso del trabajo es previsible porque tiene un comienzo y un fin definidos, a diferencia de la acción que es **imprevisible** porque si bien puede tener un comienzo determinado, nunca tiene fin, porque su desenlace se lleva a cabo entre los hombres y genera una serie de acciones, reacciones y consecuencias ilimitadas.

Esta naturaleza ontológica inestable de la acción llevó a que se buscaran distintas soluciones para estabilizar el ámbito de los asuntos humanos. La solución política de los griegos, no filosófica, fue la creación de la *polis* que permitió que las ac-

ciones se hicieran más previsibles, gracias a sus instituciones, y más duraderas gracias a la inmortalización de las acciones de los ciudadanos. Sin embargo, con la muerte de Sócrates en manos de la *polis*, la filosofía tomó otros rumbos y buscó la solución en la temprana sustitución platónica de la acción por el hacer (trabajo). La política, entonces, no se entiende como una deliberación e interacción entre ciudadanos iguales, sino como la determinación por parte de expertos (el rey filósofo) de los fines que una sociedad debe proseguir. De manera análoga, las filosofías de la historia del siglo XIX representan una nueva solución al problema de la inestabilidad y fragilidad de la acción, que consiste en sustituir la acción por un proceso histórico global que niega sus características ontológicas. Ese proceso histórico que abarca la totalidad procede a través de las categorías medio-fin (propias del ámbito del trabajo), estableciendo fines que guían el proceso histórico de manera análoga a como la idea de mesa guía el trabajo del carpintero. Esta concepción se ve plasmada claramente en la filosofía de la historia de Marx:

...sólo él [Marx] comprendió que si se aceptaba que la historia es el objeto de un proceso de fabricación o del hacer, debe llegar un momento en que ese 'objeto' esté terminado y en que, si se imagina que es posible 'hacer historia', no se puede ignorar la consecuencia de que la historia tendrá un fin (Arendt, 1996:89).

Sin embargo, la historia no tiene un final, el historiador puede establecer el final de una etapa, de una tradición, etc., pero no puede dar por concluida la historia porque cualquier fin implica el comienzo de algo nuevo. Pensar que existe un fin de la historia es negar las dos características fundamentales de la acción: su libertad y su inestabilidad. Del mismo modo que no se pueden suprimir los comienzos en tanto el hombre es libre, tampoco se puede eliminar el carácter inestable e impredecible de los asuntos humanos. Muestra de ello es que ni siquiera lo han logrado los regímenes totalitarios del siglo XX:

Incluso el carácter predecible del comportamiento humano al que puede llevar el terror político durante lapsos relativamente largos no está en condiciones de cambiar la esencia misma de los asuntos humanos de una vez para siempre, porque no tiene seguridad sobre su propio futuro (Arendt, 1996:69).

Las acciones, y por tanto el mundo de los asuntos humanos, son ontológicamente inestables porque los hombres tienen la capacidad de actuar de manera inesperada y de introducir novedad en el mundo, es decir son libres. Por ello no es posible escribir la historia de los acontecimientos futuros antes de que hayan ocurrido. Por mucho que lo hayan intentado negar las filosofías de la historia, la inestabilidad y la fragilidad de las acciones hacen que la historia sea una "gran narración sin comienzo ni fin" (Arendt, 1993:2008).

Por otra parte, Danto muestra que esta concepción de la filosofía substantiva de la historia que sostiene que es posible predecir los acontecimientos futuros supone que existe una única historia que explica el pasado con base en la cual se puede predecir el futuro. Sin embargo, cualquier tipo de historia implica una organización significativa de los acontecimientos, y toda organización supone una selección previa. La historia no es una copia fiel de lo que realmente pasó, pues en ese caso resultaría tan inútil como la memoria exhaustiva de *Funes el memorioso* (Borges, 1974:485). Para demostrar esto, Danto introduce el supuesto de la posibilidad de una crónica ideal que analizaremos más adelante. La historia, entonces, implica una actividad que consiste en otorgar significación a los acontecimientos que no se puede realizar desde un lugar cognitivo neutral, el punto de vista del ojo de dios por ejemplo, sino que necesariamente se lleva a cabo desde la significación histórica de cada individuo. De este modo, Danto afirma:

Si estoy en lo cierto, existe un factor imprescindible de convención y de arbitrariedad en la descripción histórica, el cual hace extremadamente difícil, si no imposible, hablar, como quiere el filósofo de la historia, del único relato de la historia en su totalidad (Danto, 1989:51).

Historia y narración

La filosofía analítica de la historia, inaugurada por Danto, marcó un hito en la reflexión sobre la historia, un antes y un después que otorgó un impulso renovador al abordaje de los problemas filosóficos de la historia. Para tratar de entender qué es la historia tenemos que analizar previamente el objeto de su estudio: el pasado. Danto nos advierte que la mayoría de la gente piensa que el pasado es aquello que se encuentra fijado y determinado por el transcurso del tiempo, mientras que el futuro es lo plástico, lo dúctil, lo que se abre ante nosotros como indeterminado. Posiblemente esto es lo que sucede en el plano subjetivo con nuestras propias vivencias, las archivamos con una etiqueta determinada en algún rincón de la memoria. A veces suelen volverse una carga pesada sobre nuestras espaldas, pero no se puede borrar de un plumazo lo que ha sucedido, y frente a esta "carga" el futuro se nos presenta como el espacio en donde recuperamos la posibilidad de moldear las cosas a nuestro arbitrio. Sin embargo, esta visión es errónea porque nuestra comprensión de los hechos del pasado se amplía y se modifica con nuevas vivencias o con conocimientos adquiridos con posterioridad.

Siempre estamos revisando nuestras creencias sobre el pasado, y suponerlo 'fijado' sería desleal al espíritu de la investigación histórica. En principio, cualquier creencia sobre el pasado es susceptible de revisión, quizá de la misma manera que cualquier creencia acerca del futuro (Danto, 1989:102).

Las creencias sobre el pasado adquieren su

significación en relación con sucesos posteriores, por ello la interpretación de las mismas está siempre abierta.

Para Arendt, también la tarea de la historia permanece abierta y no produce resultados definitivos. La historia tiene por objeto la comprensión de las acciones pasadas, y la política tiene por objeto la comprensión de las acciones presentes. En ambos casos

...la comprensión, en tanto que distinta de la correcta información y del conocimiento científico, es un complicado proceso que nunca produce resultados inequívocos. Es una actividad sin fin, siempre diversa y mutable, por la que aceptamos la realidad...(Arendt, 1998:29).

La primera parte de esta cita dice que la comprensión es distinta de la "correcta información", lo cual significa que comprender en historia no es reproducir lo que realmente sucedió. La historia no es una mera recolección de evidencia, sino un proceso de comprensión en el cual se otorga sentido a sucesos pasados. La historia consiste en reapropiarse de los sucesos pasados a la luz de acontecimientos posteriores que les otorgan un nuevo sentido. La tarea del historiador consiste en concebir ciertos sucesos pasados como el comienzo de algo que culmina con otro acontecimiento posterior (que también es pasado para el historiador). La tarea de hacer historia, entonces, consiste en construir relatos con un comienzo y un fin determinado seleccionados por el historiador. Es una tarea que nunca se culmina porque siempre se pueden encontrar nuevos comienzos y fines para el pasado.

En 1953, doce años antes de la aparición de la obra clásica de Danto, Arendt sostiene, en un artículo denominado *Comprensión y política*, que: "La historia [history] aparece cada vez que ocurre un acontecimiento lo suficientemente importante para iluminar su pasado. Entonces la masa caótica de sucesos pasados emerge como un relato [story] que puede ser contado, porque tiene un comienzo y un final"(Arendt, 1998:29). Es el historiador el que selecciona un comienzo y un fin, ambos pasados respecto a su presente, para la construcción de un relato histórico. Esta caracterización de Arendt de la historia es muy similar a la concepción de Danto basada en las oraciones narrativas.

Danto observa que algunos consideran que la tarea de la historia es reconstruir el pasado tal como ocurrió, pero esto no sería posible debido a que: i) generalmente los historiadores no son testigos de los acontecimientos que narran, y ii) las facultades humanas para percibir la realidad son limitadas y están condicionadas espacial y temporalmente. Sin embargo, Danto introduce el supuesto de la posibilidad de una crónica ideal (C. I.) para demostrarnos que esta concepción es errónea. Supongamos entonces que es posible obtener una crónica ideal que reúna todo lo que sucedió respecto de un acontecimiento, del mismo modo que podría narrarlo un testigo omnipotente con facultades no limitadas. Si la

historia sólo tuviese por tarea describir los acontecimientos pasados tal como ocurrieron, entonces el historiador ya no tendría ninguna tarea ante la existencia de una crónica ideal. Pero esta crónica ideal es insuficiente para ser considerada una historia porque hay descripciones de los acontecimientos que no pueden ser vistas por un testigo. Más aún,

...la verdad completa referente a un acontecimiento sólo puede ser conocida después, y a veces sólo mucho después de que el acontecimiento mismo haya tenido lugar, y sólo los historiadores pueden contar esa parte del relato (Danto, 1989:111).

En otras palabras, la crónica ideal sólo puede contener enumeración de hechos, pero no puede establecer relaciones entre hechos temporalmente distantes porque esto implica una selección de acontecimientos que en su afán de aprehender la totalidad la crónica ideal no podría hacer. Por el contrario, la tarea del historiador implica, entre otras, seleccionar ciertos acontecimientos y ponerlos en relación con otros, tareas que la crónica ideal no puede hacer porque supone dejar sucesos afuera. La crónica ideal no es suficiente, y por ello, aún suponiendo que existiera, seguiría haciendo falta la tarea de los historiadores. La historia, por tanto, no consiste en describir los acontecimientos tal como sucedieron.

En *La condición humana*, Arendt señala, coincidiendo o anticipando a Danto, que los actores no pueden captar el significado de los acontecimientos del presente porque éste sólo aparece en relación con acontecimientos posteriores. Por ello la crónica ideal puede describir lo que observan los actores o testigos, pero no es historia, porque esta supone un relato que otorgue significación a los acontecimientos relacionándolos con otros.

En contraposición a la fabricación, en la que la luz para juzgar el producto acabado la proporciona la imagen o modelo captado de antemano por el ojo del artesano, la luz que ilumina los procesos de la acción, y por tanto todos los procesos históricos, sólo aparece en su final, frecuentemente cuando han muerto todos los participantes. La acción sólo se revela plenamente al narrador, es decir, a la mirada del historiador, que siempre conoce mejor de lo que se trataba que los propios participantes... Aunque las historias son los resultados inevitables de la acción, no es el actor, sino el narrador, quien capta y 'hace' la historia"(Arendt, 1998:215).

Para Danto, la historia se caracteriza por la utilización de "oraciones narrativas" que son aquellas que se refieren a dos acontecimientos distantes en el tiempo, uno anterior y otro posterior, pero ambos pasados respecto del narrador. Las oraciones narrativas describen un acontecimiento en relación con otro acontecimiento posterior que explica al primero. En las oraciones narrativas los dos acontecimientos descritos constituyen el comienzo y el final de un relato. Entonces tanto para Danto como para Arendt la historia consiste en un relato

que comienza con un acontecimiento que es comprendido en relación con otro acontecimiento que constituye el final. Al respecto Danto sostiene:

...la C.I. [crónica ideal]... no puede emplear las clases de oraciones que he caracterizado, que se designan de ahora en adelante oraciones narrativas. En este caso, no existen en la C.I. ni comienzos ni finales. Virginia Wolf escribió en Las olas: 'Si no existen comienzos ni finales, entonces no existen los relatos'... (Danto, 1989:113).

Danto sostiene la tesis de que: "las oraciones narrativas están relacionadas de un modo tan particular con nuestro concepto de historia, que su análisis ha de indicar cuáles son algunos de los principales caracteres de ese concepto" (Danto, 1989:99). Y entiende por "oraciones narrativas" aquellas que "se refieren a dos acontecimientos, al menos, separados temporalmente, aunque sólo describen (versan sobre) el primer acontecimiento al que se refieren" (Danto, 1989:99). La historia es, entonces, para ambos autores una narración en la que el historiador establece un comienzo y un fin, es decir relaciona dos acontecimientos de manera tal que el primero, que es temporalmente anterior, adquiere significación en relación con el segundo. Según las palabras de Arendt: "...el significado de un período histórico sólo se muestra en los escasos acontecimientos que lo iluminan" (Arendt, 1993:53).

Ahora bien, como ya hemos advertido, son

los historiadores los que establecen el comienzo y el fin de cada relato, mediante la selección de dos acontecimientos relevantes, entonces resulta que puede haber, y de hecho hay, múltiples relatos sobre la historia. La comprensión de la historia "no tiene fin y por lo tanto no puede producir resultados definitivos" (Arendt, 1998:30). Además, no sólo no es posible sino que tampoco es deseable escribir la *Verdadera Historia* que pusiera fin a las disputas sobre el pasado, porque la historia narra las acciones de los hombres que pertenecen al ámbito de la pluralidad y éstas no pueden reducirse a una descripción definitiva. Esto sólo conduciría a la sustitución de la historia por un improductivo dogmatismo. Al respecto Arendt sostiene:

Es tarea del historiador descubrir, en cada período dado, lo nuevo imprevisto con todas sus implicaciones y sacar a relucir toda la fuerza de su significado. Debe saber que, a pesar de que su narración [story] tiene un comienzo y un fin, ésta se realiza en un marco más amplio, la historia [history] misma. Y la Historia es una narración [story] que tiene muchos comienzos y ningún fin. El del mundo, en cualquier sentido estricto o último de la palabra, sólo podría consistir en la desaparición del hombre de la faz de la tierra. Porque, sea lo que sea a lo que el historiador denomine fin, el fin de un período, de una tradición o de una civilización entera, constituye un nuevo comienzo para aquellos que están vivos (Arendt, 1998:42).

El historiador construye su relato histórico



Gabriel Rojo
Fotografía

basándose en testimonios, documentos y evidencias, entre otros, pero puede revisar este relato a la luz de nuevos materiales antes desconocidos o de acontecimientos posteriores que otorgan un nuevo significado al relato anterior. Aunque, ésta fue de hecho la forma en que los historiadores procedieron desde antaño para hacer historia, el hecho de que el pasado no es fijo sólo fue aceptado recientemente por los filósofos². Afirmar que la actividad histórica consiste en la construcción de relatos que nunca pueden aspirar a ser definitivos, sin embargo, no significa que la historia no tenga especificidad frente a otros tipos de relatos. Dos comentarios muy breves al respecto. En primer lugar, hace décadas que se acepta como lugar común, después del denominado giro lingüístico, que la “construcción” del objeto de estudio no es una peculiaridad de ciertas ciencias (como las ciencias sociales) sino de toda disciplina con pretensiones de conocimiento. En 1961, Arendt, como tanto otros, ya había observado que:

la física... investiga lo que existe de un modo tan centrado en el hombre como el que usa la investigación histórica. Por tanto, la antigua disputa entre la ‘subjetividad’ de la historiografía y la ‘objetividad’ de la física ha perdido buena parte de su importancia (Arendt, 1996:57).

La historia procede poniendo “el curso histórico de los acontecimientos bajo ciertas condiciones establecidas por el hombre, muy semejantes a las condiciones que los científicos prescriben para los procesos naturales en los experimentos” (Arendt, 1996:58). Por supuesto que esto no significa que no existan diferencias entre las ciencias sociales y las ciencias naturales, sino que no se puede sostener que la diferencia resida en que las primeras construyen su objeto de estudio y a las segundas este les viene “dado” de la naturaleza. Por otra parte, esto también permite ver que concebir la historia como una narración no la expone a consecuencias relativistas, al menos no la expone en mayor medida de lo que ya se encuentran las ciencias de la naturaleza y en general todos los ámbitos del conocimiento. La cuestión es, entonces, abordar el estudio de las características que hacen a la “cientificidad” de las disciplinas y a la especificidad de cada una ellas³. También es necesario aclarar que la construcción del pasado como objeto de estudio no es arbitraria, de la misma manera que no son arbitrarios los objetos de estudio de otras disciplinas, como el átomo o la fuerza. Estas construcciones no son meras invenciones sino que pretenden dar cuenta de una realidad y hacerla más comprensible. La historia es una disciplina que pretende dar cuenta del pasado, y sin esa referencia carece de sentido.

En segundo lugar, a modo de simple esbozo, consideramos que la noción de “campo” de Bourdieu (1999) podría resultar de relevancia para estudiar el modo en que los historiadores hacen historia. El estudio de la historia como un “campo” puede apor-

tar elementos para pensar la especificidad de esta disciplina y para repensar su problema epistemológico principal: cómo es posible que sea una construcción narrativa y que al mismo tiempo no sea arbitraria. La noción de “campo” de Bourdieu pone de manifiesto que para comprender el desarrollo de toda actividad científica no es posible mirar sólo a los individuos que la llevan a cabo sino que es necesario centrarse en una dimensión “objetiva” más amplia que no se reduce a la intersubjetividad. La noción de campo es más abarcativa incluso que la noción de comunidad científica dado que incluye la conflictividad que de hecho se produce en la misma y que ha sido sistemáticamente negada.

El campo científico como sistema de relaciones objetivas entre las posiciones adquiridas (en las luchas anteriores) es el lugar (es decir, el espacio de juego) de una lucha de concurrencia, que tiene por apuesta específica el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social, o, si se prefiere, el monopolio de la competencia científica, entendida en el sentido de capacidad de hablar y de actuar legítimamente (es decir, de manera autorizada y con autoridad) en materia de ciencia... (Bourdieu, 1999:76).

La noción de campo es sumamente compleja, pero baste señalar que el campo de diversa manera forja a los agentes que llevarán a cabo la ciencia, agentes que son socialmente constituidos pero que a su vez son activos en su campo. La lógica del campo científico establece reglas encaminadas a procurar distintas posiciones que aseguren la mejor comprensión del referente real del que la ciencia pretende dar cuenta y que constituye su razón de ser; en el caso de la historia, el pasado. Los científicos son agentes constituidos por el campo, y al mismo tiempo son partícipes activos en la producción de conocimientos, que si bien son productos sociales, son independientes de sus condiciones de producción, o al menos son irreducibles a ellas.

Pasado y presente: historia y mundo común

He intentado poner de manifiesto las similitudes entre la concepción de la historia de Arendt y de Danto. Ahora me centraré en la relación entre el presente y el pasado en cada uno de ellos. Ambos coinciden en que no existe algo así como el punto de vista del ojo de dios, es decir un lugar neutral, fuera de toda determinación histórica y/o temporal, desde el cual reconstruir la historia tal como sucedió. La historia como reflejo fiel del pasado carece de sentido, y esto lo demuestra Danto a través de su análisis de una posible crónica ideal. La historia, primordialmente, consiste en otorgar significados a través de la ordenación de los acontecimientos en estructuras narrativas. Y esta actividad histórica de otorgar significados no se realiza desde un lugar “neutral”, sino que la realiza un historiador desde un presente con formas de percibir, ordenar

y conocer el mundo. Ese historiador se ha formado en la disciplina histórica de su momento, y conoce las teorías sociales y políticas del mismo. A partir del marco categorial de las ciencias sociales, y más específicamente de la historia, aborda el conocimiento del pasado.

Pero el historiador de la actualidad tiene ciertas ventajas sobre los antiguos, es reflexivo respecto de su tarea, sabe qué implica la construcción de un relato desde un lugar particular y puede, por esta razón, explicitar las categorías de las que hace uso y analizar críticamente sus herramientas de trabajo. El trabajo del historiador tendrá que resistir el análisis de los colegas tanto respecto de los documentos, datos y testimonios en los que se basa, como de los conceptos y de la metodología que utiliza para ordenarlos.

El presente va poniendo de relieve aspectos del pasado que podían haber pasado inadvertidos. Y en este sentido el pasado es maleable, frágil, e incluso "inestable" porque puede ser objeto de múltiples interpretaciones. Sin embargo, a pesar de esta maleabilidad, hay un sentido en que el pasado está de alguna manera fijado y es por tanto inmodificable. El pasado es irreversible, no podemos cambiar lo que ha acontecido; podrá ser objeto de diversas interpretaciones, pero estas no pueden modificar lo que ha pasado. Al respecto Arendt sostiene:

Aun si admitimos que cada generación tiene derecho a escribir su propia historia, sólo le reconocemos el derecho de acomodar los acontecimientos según su propia perspectiva, pero no el de alterar la materia objetiva misma (Arendt, 1996:251).

La **irreversibilidad** es, para Arendt, otra de las características propias de la acción, pues una vez realizada una acción no se puede deshacer lo actuado, en cambio, el trabajo es reversible porque la obra obtenida se puede destruir sin dejar de ella rastro alguno en el mundo. El perdón es la forma que han encontrado los hombres para realizar lo imposible, es decir, deshacer una acción pasada.

Hasta ahora he abordado la relación entre presente y pasado en dirección del primero hacia el segundo. El presente es el lugar-tiempo desde el que se construye el pasado y se le otorga significado, pero al mismo tiempo el pasado otorga su legado al presente. Arendt supo captar esto con particular suspicacia. Las acciones de los hombres se llevan a cabo en un mundo común, diferente de la naturaleza, y constituido por los diversos objetos que fabrica el hombre a través del trabajo, y por los productos de las interacciones entre los hombres (normas, leyes, instituciones, etc.). Este mundo común mantiene unidos y, al mismo tiempo, separados a los hombres, de manera análoga a como una mesa reúne y separa a los hombres. En el mundo común los hombres ocupan cada uno una posición diferente a la del de al lado, por ello la diversidad de perspectivas o pluralidad es irreductible.

Este mundo no se reduce al conjunto de los

productos que median entre los hombres, sino que constituye el horizonte de sentido de las acciones entre los hombres. Sentido que nunca puede provenir meramente de las obras, porque el proceso de fabricación procede según la lógica de medios y fines. El sentido del proceso de fabricación reside en la obtención del fin u obra, pero una vez obtenida la obra, ésta se convierte en un nuevo medio para otro fin (la utilidad y/o la necesidad), con lo cual el sentido se posterga en cada nuevo fin y se desvanece cuando ese fin se convierte en medio de otro fin.

El problema estriba en la naturaleza del sistema de categorías de fines y medios, que de inmediato cambia todo fin alcanzado en los medios para un nuevo fin, con lo que destruye, por decirlo así, la significación donde quiera que se la aplica... (Arendt, 1993:90).

A pesar de que las obras por sí mismas no otorgan sentido, contribuyen de manera significativa a la creación de sentido cuando se insertan en un mundo compartido. El pasado convertido en obra a través de la historia contribuye a la creación de sentido a través del fortalecimiento del mundo común. El pasado no se encuentra, para Arendt, guardado en la memoria y recubierto de polvo, sino que el pasado se actualiza constantemente otorgando sentido a nuestro presente. La historia es portadora de sentido para nuestro mundo común porque ella salvaguarda del olvido las grandes acciones del pasado. La historia nos permite superar la fragilidad de la acción, su desvanecimiento luego de acaecida, dotándola de inmortalidad entre los hombres. Nada más frágil y efímero que las acciones de los hombres y sus palabras. Si no fuese por la inmortalidad que les otorga la historia, la simple y suave brisa del transcurso del tiempo bastaría para desgastarlas hasta hacerlas desaparecer.

La existencia de un mundo común pone de manifiesto la ruptura con la naturaleza (por ello en la labor no hay mundo) a través de la producción de obras y de la trascendencia de las interacciones entre los hombres. El mundo, por tanto, es una instancia de mediación entre el ámbito del trabajo y el ámbito de las acciones, y al mismo tiempo está constituido por estas actividades de los hombres y sus productos. La historia en tanto narración es una obra o producto, y como tal no sólo otorga sentido al mundo común sino que también contribuye a su constitución. La historia es sumamente relevante para la constitución de un mundo común que, por ser también un horizonte de sentido, puede constituir un espacio de aparición de la singularidad de los hombres mediante la acción y el discurso.

El término 'público' significa el propio mundo, en cuanto es común a todos nosotros y diferenciado de nuestro lugar poseído privadamente en él. Este mundo, sin embargo, no es idéntico a la Tierra o a la naturaleza... Más bien está relacionado con los objetos fabricados por las manos del hombre, así como con los asuntos de quienes ha-

bitan juntos en el mundo hecho por el hombre (Arendt, 1993:61-62).

Este mundo común preexiste al nacimiento de un individuo y continúa existiendo cuando éste perece. Gracias a esta permanencia que trasciende la vida de los individuos el ámbito de los asuntos humanos goza de cierta estabilidad.

Pero tal mundo común sólo puede sobrevivir al paso de las generaciones en la medida en que aparezca al público. La publicidad de la esfera pública es lo que puede absorber y hacer brillar a través de los siglos cualquier cosa que los hombres quisieran salvar de la natural ruina del tiempo (Arendt, 1993:64).

Y la historia juega un papel primordial en la publicidad que hace que este mundo común se convierta en una esfera pública. La historia contribuye a esclarecer los lazos que unen a los hombres, más allá de los objetos que compartan. Si el mundo común pretende persistir más allá de una generación,

tendrá que conformar un espacio público que incorpore la dimensión de las generaciones pasadas y futuras. La historia permite que los hombres se conciben como formando parte de un mundo común desde tiempos lejanos y con perspectivas de proyectarse hacia el futuro mediante la innovación de la actividad política.

La esfera pública brilló durante la *polis* griega con un resplandor nunca más visto. En la asamblea los ciudadanos mostraban su singularidad a través de la acción y la palabra, y la *polis* aseguraba que las mismas gozaran de permanencia y estabilidad. Las acciones y las palabras de Pericles perduraron entre los griegos a través de la *polis*, y perduran hasta la actualidad a través de la historia. La política, como coordinación de acciones en la pluralidad de un espacio público, floreció en la *polis* griega, y su legado quedó en la historia para la posteridad. Entre los griegos, el ámbito público, es decir la polis, tenía una doble función, por un lado multiplicaba las posibilidades de adquirir fama inmortal

a través de las acciones y del discurso que uno desarrollara, y por otro, ofrecía un remedio para la futilidad y la poca permanencia de los asuntos humanos. Los griegos privilegiaron el ámbito de la acción y del lenguaje, por sobre el trabajo y la labor, pues concebían que era la dignidad de la acción y del lenguaje la que diferenciaban al hombre de los animales.

En la época moderna se llevó a cabo la sustitución del actuar por el hacer, es decir se reemplazó la acción por el trabajo⁴. De este modo, se impuso el *homo faber* con su concepción de que la estructura medio-fin y la utilidad rigen no sólo los procesos de producción sino también las relaciones entre los hombres. El espacio público se vio depurado de su carácter político debido a su reducción al mercado, en donde los hombres no se relacionan entre sí en tanto personas sino en tanto productores de productos. A partir del siglo XIX, se empezó a instalar la concepción del *animal laborans* que estima por sobre todo la vida misma, y considera que la función más elevada del hombre es procurar que la vida sea lo más larga y fácil posible. Desde ambas concepciones, la del productor y la del laborante, la acción y el discurso aparecen como una ociosa pérdida de tiempo. En definitiva, la modernidad ha implicado una paulatina disminu-



Gabriel Rojo
Fotografía

ción de la esfera pública-política hasta llegar a poner en peligro la subsistencia misma de la política.

Ante este diagnóstico histórico cabe señalar dos cuestiones, por un lado, el papel central que puede desempeñar la historia en la salvaguarda de ese espacio público-político en progresiva agonía en el mundo actual. Y por otro lado, advertir que sería un error suponer que Arendt se resigna ante un presente adverso. Por el contrario, nos invita a pensar la política en relación con la acción, es decir, con la capacidad que tienen los hombres de introducir novedad en el mundo y de realizar cosas inesperadas.

Conclusiones

En la primera parte del trabajo se analizaron las similitudes existentes entre la concepción de la historia de Arendt y de Danto. Ambos autores (i) critican a las filosofías substantivas de la historia señalando que no es posible proyectar una pauta descriptiva del pasado para "predecir" el futuro. Ambos (ii) conciben la historia como una narración o relato que otorga significado a los acontecimientos relacionándolos entre sí. Tanto Arendt como Danto señalan que (iii) la tarea de la historia se realiza desde un presente determinado que nunca es un lugar neutral, y por tanto no es posible clausurar la historia con interpretaciones definitivas. Por el contrario, ambos (iv) abogan por la defensa y la deseabilidad de la pluralidad en las interpretaciones de la historia. Sobre la base de este marco común, y dada la anterioridad temporal de la obra de Arendt, podemos sostener que esta autora anticipó en cierta manera el enfoque general de la filosofía analítica de la historia inaugurada por Danto.

Por otra parte, se indagaron las relaciones existentes para ambos autores entre el presente y el pasado. Ambos reconocen que el presente es el punto de partida de la actividad histórica desde el cual se interpreta y se asigna significados. Sin embargo, Arendt también analiza los aportes que el pasado realiza al presente, análisis que trasciende el ámbito epistemológico y se inserta en el político. Arendt incursiona en la historia abordando las implicancias de la misma para la vida política y para el mantenimiento del mundo común entre los hombres. Esta dimensión política de la historia, tal como la denominamos al comienzo del trabajo, consiste en: i. la historia es fuente de sentido para el mundo común de los hombres; ii. la historia, no sólo es fuente de sentido sino que, contribuye a la constitución de ese mundo común; por último, iii. la historia es sumamente relevante para la preservación de ese mundo común que se consume progresivamente en el mundo contemporáneo hasta amenazar con su desaparición

Notas

¹ "El marxismo es una filosofía de la historia y exhibe ciertamente ambos tipos de teoría, la descriptiva y la explicativa. Considerada desde el punto de vista de la teoría explicativa, la pauta es el conflic-

to de clases, en que una clase genera su antagonista a partir de las condiciones de su propia existencia y es superada por ella: 'toda la historia es la historia de la lucha de clases', y la forma de la historia es dialéctica." Danto, A. (1965) *Historia y narración*, p. 31.

² Esto no es extraño debido a que los filósofos siempre se resistieron a aceptar el carácter inestable de los asuntos humanos. La actividad filosófica misma nació en oposición a la contingencia de la *polis* griega que sometía las decisiones a la pluralidad de la asamblea. La filosofía desde sus orígenes reemplazó la pluralidad de las asambleas por el dominio de los expertos que conocían las realidades necesarias e inmutables (Ideas) y de ese modo podían poner orden a los inestables asuntos humanos.

³ Giddens, por ejemplo, considera que la especificidad de las ciencias sociales reside en que implican una "doble hermeneútica" porque tratan de un mundo que ya está preinterpretado por el lego. Ver Giddens, A. (1984) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, trad. José Luis Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1998, capítulo 1.

⁴ Esta sustitución ya había sido llevada a cabo en la filosofía política de Platón que nació en oposición a la *polis* y su jerarquización de la acción (*praxis*) y que concebía a la política como una *techné* más entre las artes productivas, que se asemejaba a una actividad como la curación o la navegación.

BIBLIOGRAFIA

- ARENDT, H. (1993) *La condición humana*, trad. de Ramón Gil Novales, Barcelona, Paidós. Primera edición 1958.
- ARENDT, H. (1996) *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, trad. de Ana Poljak. Barcelona, Península. Primera edición 1961.
- ARENDT, H. (1998) *De la historia a la acción*, trad. de Fina Birulés, Barcelona, Paidós. Primera edición 1953.
- BORGES, J. L. (1974) *Funes el memorioso*, en Obras Completas, 1923-1972. Buenos Aires, Emecé Editores
- BOURDIEU, P. (1999) *Intelectuales, política y poder*, trad. de Alicia Gutiérrez. Buenos Aires, EUDEBA.
- CRUZ, M. (comp.) (2002) *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*. Barcelona, Paidós.
- DANTO, A. (1985) *Historia y narración*, trad. de Eduardo Busto. Barcelona, Paidós. Primera edición 1965.
- GIDDENS, A. (1998) *La constitución de la sociedad*. Buenos Aires, Amorrortu.
- KRISTEVA, J. (1999) *El genio femenino 1. Hannah Arendt*, trad. de Jorge Piatigorsky. Buenos Aires, Paidós.

Fecha de recepción: Mayo 2003
Fecha primera evaluación: Agosto 2003
Fecha Segunda evaluación: Noviembre 2003